

BELÉN GOPEGUI

Ella pisó la Luna

Ellas pisaron la Luna



Ella pisó la Luna

Ellas pisaron la Luna

BELÉN GOPEGUI



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@LiteraturaRandomHouse



@LitRandomHouse



@litrandomhouse

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTA DE LOS EDITORES

Lo que se da a continuación es el texto de la conferencia impartida por Belén Gopegui el 20 de marzo de 2019, en el marco del ciclo titulado *Ni ellas musas ni ellos genios*, celebrado en CaixaForum Madrid entre el 20 de febrero y el 27 de marzo de este año. Era la quinta vez que se celebraba el ciclo, coordinado por Laura Freixas y Pilar Vicente de Foronda, de Clásicas y Modernas, asociación por la igualdad de género en la cultura. El objetivo del ciclo es –en palabras de sus organizadoras– cuestionar el modo en que ha solido ser contada «la historia del arte, del pensamiento, de la ciencia»: como «fruto del genio de algunos individuos excepcionales, siempre del género masculino». «Semejante visión –añaden las organizadoras– deja en la sombra a las mujeres que no solo han acompañado, ayudado e inspirado a esos hombres, las “musas”, sino que con frecuencia han sido creadoras a su vez. ¿Por qué ellas ocupan siempre un segundo plano?»

Cuando a Belén Gopegui se le propuso su participación en el ciclo, sugiriéndole, de entrada, que se ocupara de la relación entre Rafael Sánchez Ferlosio y Carmen Martín Gaité, ella sorprendió a las organizadoras con una inesperada contrapropuesta: discurrir en su conferencia sobre sus propios padres. El padre de Belén Gopegui, Luis Ruiz de Gopegui, es un reputado físico, responsable de algunas actividades de la NASA en España y conocido en el círculo de quienes en España se interesan por tales cuestiones, pero queda lejos de ser lo que se entiende por una «celebridad». En cuanto a la madre, Margarita Durán, la verdadera protagonista de estas páginas, fue una mujer solo en apariencia «corriente», pero en ningún caso lo que se entiende por una «musa», ni persona que obtuviera ninguna clase de notoriedad pública. Así pues, los personajes sobre los que proponía disertar Belén Gopegui no se adecuaban, en un principio, al patrón de los que pueblan las conferencias del ciclo *Ni ellas musas ni ellos genios*, pese a lo cual sus organizadoras aceptaron la propuesta, confiadas en lo que no dejaron de constatar cuando la conferencia fue finalmente leída: que su contenido ilustraba de un modo singular y necesario las premisas del ciclo, a través de un enfoque centrado en las vidas de personas ajenas al aura del arte.

El texto de la conferencia se da tal y como fue pronunciado en su momento, sin disimular su origen ni su circunstancia, y sin otros cambios que los imprescindibles para su lectura. Belén Gopegui acompañó su charla con la proyección de algunas fotografías y vídeos, y con la audición

de unas pocas canciones mencionadas en el texto. Algunas de las fotografías se incorporan al texto. A los vídeos y canciones, inevitablemente omitidos, se puede acceder a través de la Red.

Voy a narrar la historia de una pareja que, entre otras circunstancias, resultaron ser mis padres. Hablaré sobre todo de mi madre, Margarita Durán.

Cuando le conté sobre esta conferencia a un amigo, me dijo: «¡Qué valiente eres! No creo que yo pudiera hacer algo así sin tener que parar cada cinco minutos asfixiado por la emoción». Tenía razón, pero voy a intentar llegar al final serenamente. No es cuestión de valentía. Es que este ciclo trata de los personajes escogidos y no de quien los narra. Mi papel aquí es el de ser una simple voz y sé que entenderán que la distancia aparente no es más que un espejismo con la intención de enfocar mejor lo que miramos. Pues, y cito ahora a la gran poeta y ensayista Adrienne Rich: «Nadie nos dijo nunca [a las mujeres] que tendríamos que estudiar nuestras vidas [...] como si fueran historia natural o música».

Antes de comenzar he de hacer una salvedad. Tiene que ver con la privatización de la cultura y la circunstancia de ser este un ciclo auspiciado por un Banco. Nuestro país padece los efectos de rescates injustos a los Bancos, desahucios y otras acciones inaceptables amparadas por ellos. No es fácil resolver el dilema sobre si usar o no todos los espacios posibles para dar potencia de difusión a discursos que no suelen tenerla. Hoy voy a acudir a las ideas de Margarita Durán. Ella confió en la dialéctica entre las personas y las instituciones. Aun cuando las reglas de una institución y su inserción en un sistema político y económico no propiciaran la justicia, sino al contrario, Margarita pensaba que las personas no eran meros engranajes, sino que podían intervenir a su modo para llevar las instituciones más allá de sí mismas. Sin idealismo, nos habría dicho, creo, que no hay sistemas cerrados ni obediencia debida. Traigo aquí pues su convicción de que esa dialéctica entre personas e instituciones, entendida como lucha por parte tanto de las personas que están dentro como de las que están fuera, mejorará el mundo.

Empecemos, pues.

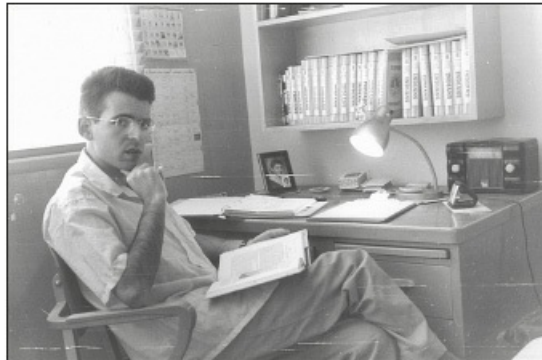


Margarita Durán.

LOS COMIENZOS

Dos adolescentes se conocen en los años cuarenta, eran niños durante la guerra. Juegan juntos en el mismo barrio. Cuentan que cuando ella tiene trece años, él, que tiene dieciséis, corta un trozo del lazo de su vestido y le dice: contigo me voy a casar.

Años más tarde se hacen novios. Él estudia Ciencias Físicas. Ella quiere estudiar Medicina pero en esa época las mujeres no pueden hacerlo con naturalidad, y su familia se opone. Ella comienza los estudios de enfermería. Él, tras terminar la carrera y doctorarse, recibe una beca para la universidad de Stanford, en California. Mientras Luis está fuera, el padre de Margarita muere de un infarto a los cincuenta y un años.



Luis Ruiz de Gopegui en la Universidad de Stanford (California, Estados Unidos), donde realizó estudios de posdoctorado gracias a una beca. Sobre la mesa, en un portarretratos, una fotografía de Margarita Durán.

Margarita y Luis son, en sus orígenes, dos jóvenes de clase media-alta. En los tiempos de la posguerra española, dos personas privilegiadas. No hablaré apenas de economía ni de la situación política bajo el franquismo. Sirva decir que si esta historia hubiera sucedido en otro entorno menos protegido habría sido mucho más dura. Lo que vengo, no obstante, a tratar es cómo unas relaciones sociales, y por tanto económicas y culturales, de las que se desprendía una determinada consideración del papel de las mujeres, hicieron que lo cotidiano, por el mero hecho de existir,

pareciera natural. Y haremos entonces que lo natural nos parezca extraño. En el año 1958, Margarita y Luis se casan.



Luis Ruiz de Gopegui y Margarita Durán (con uniforme de enfermera) en una fotografía tomada durante su noviazgo.

EL DESTINO VA A JUGAR SUS CARTAS

El destino, los dioses, Dios, las condiciones históricas y materiales, la cultura, el azar, la biología. Los seres humanos se parecen a esa salamandra levantada en el aire por la mano de una niña que va a llevársela a casa para observarla y jugar con ella, pero luego, a mitad del camino, ve un manzano con manzanas, se detiene a tomar una y olvida la salamandra negra y amarilla en el suelo. La salamandra mira a su alrededor, todo ha cambiado, no sabe ya donde está su hogar, ni el agua, no sabe si su vida corre peligro o si ha sido bendecida por la suerte. Quiere explicar su destino como si hubiera un designio, propio o ajeno, en lo que le ocurrió: fue porque ella era más audaz que las otras salamandras y se había alejado un poco. O porque era más lenta y no supo correr al ver la sombra de esa mano. O porque le esperaba un futuro de pionera, de exploradora, y un día su nombre quedaría recogido en el libro de historia de las salamandras. O fue porque fuerzas que no controlaba con forma de mano y de niña la empujaron, y ahora la salamandra indaga junto con otras para tratar de conocer el propósito de esas fuerzas. O fue por la profesora de la niña, o por el efecto de la visión del manzano en su cerebro. Así los seres humanos buscamos explicaciones que no vamos a encontrar, porque la niña no es el destino de la salamandra y a la niña otras fuerzas la mueven a su vez, y otros azares.

Claro que los seres humanos no somos salamandras. Tenemos lenguaje, proyectos, subjetividad, un modelo de mundo en nuestra cabeza y un modelo de nosotros mismos, y formamos parte de una red de relaciones sociales. La libertad entonces es, en palabras del filósofo Fernando Broncano, algo que logramos colectivamente a través del fortalecimiento común de nuestra capacidad de agencia o transformación del mundo. «La libertad», decía de forma complementaria otro filósofo, Juan Blanco, «se tiene ya. Pueden impedirte ejercerla, pero no dártela ni quitártela». La libertad no alude a una abstracta e individual capacidad de decidir, sino a un conjunto de interacciones complejas entre los cuerpos, el entorno, la sociedad y la justicia. El destino juega pues sus cartas con Margarita Durán y con Luis Ruiz de Gopegui. Son cartas duras y tristes, como las de tantas vidas.

Y esto es lo que sucede. El 1959 nace su primera hija, Martita: apenas vive un mes, tenía espina bífida. En enero del año siguiente nace su segunda hija, Miriam, a quien esperan con inmensa ilusión. El azar es terrible y también la negligencia humana. El médico que debe atender a

Margarita está ocupado; el médico de guardia tiene un accidente. Al parecer, el primer médico ordena entonces, o quizá sugiere, anestesiar a Margarita hasta que él haga acto de presencia. Eso deja sin oxígeno a la niña, quien nace con anoxia neonatal. A los pocos días ven que algo no marcha bien. Acudirán a veintidós médicos. Hasta que Miriam cumple seis años, Margarita la lleva a rehabilitación casi cada día. Después, incluso la rehabilitación se torna imposible. Miriam puede reír, mirar con sus ojos grandes, emocionarse con la música; alegrarse con una intensidad maravillada cuando, tras el sonido del ascensor, reconoce los pasos de su madre. No puede hablar, sentarse, doblar las rodillas. Permanece tendida en el sofá durante el día. Es como un bebé que llegará a tener el peso de una niña de ocho o nueve años, a quien es preciso tomar en brazos para llevarla a otra habitación y también para bañarla. Tras el nacimiento de Miriam, Margarita tiene varios abortos espontáneos. Entre medias nace su tercera y última hija, quien hoy les cuenta esta historia.

Una historia que no termina en la tragedia, sino que empieza en ella. Una historia cuyo propósito no es juzgar a los protagonistas, sino preguntarse qué significa pisar la Luna, qué es el progreso, qué distingue al falso consuelo del consuelo real, en qué consiste vivir. En 2011, Luis dedica a Margarita un ejemplar de un cuento para niños que ha escrito. No es una dedicatoria impresa, sino una que ella le pide para guardar dentro del libro.

Dice así:

A la abuela de mis nietos.
Que la quiero más que a ellos,
cosa que es casi imposible.

En agradecimiento por los muchos
momentos felices que hemos pasado juntos
a pesar de lo difícil que la vida
ha sido para nosotros.

Maitachu, te dedico este cuento,
lleno de imaginación y cariño.

Tu inseparable compañero
Luis

Narremos, pues, esas vidas difíciles, vayamos al momento en que da comienzo la participación de Luis Ruiz de Gopegui en lo que ha sido llamado la carrera espacial.

UN PIE EN LA LUNA

En marzo de 1968 nombran a Luis delegado del Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial, INTA, en la estación de Fresnedillas para Vuelos Espaciales Tripulados de la NASA. En la noche del domingo 20 de julio de 1969, y seguidos por esa estación, los astronautas posan su nave en la Luna, en la zona del Mar de la Tranquilidad.

Los astronautas depositan allí una placa conmemorativa con la siguiente inscripción: «Aquí, hombres de la Tierra han puesto un pie en la Luna por primera vez. Julio de 1969 después de Cristo. Vinimos en paz, en nombre de toda la humanidad». Sabemos que hay quien piensa que las palabras no son importantes, pero nosotras sostenemos que sí lo son. Y el hecho es que la palabra *hombre* puede ser genérica y puede no serlo, mientras que hay expresiones que siempre lo son. Y que para decir *humanidad* se utiliza la expresión *mankind*, algo así como la especie del hombre. El hecho es, también, que aun cuando fueron hombres quienes pusieron los pies en la Luna, esos hombres forman parte de un tejido inextricable de seres, y sin el lenguaje que les enseñaron, y sin las personas que les alimentaron, abrazaron o hicieron cálculos en una mesa, no hubieran llegado a ninguna parte. El cuerpo que pisa la Luna, como el que descubre un bacilo o el que acuna a una anciana, no termina jamás en sí mismo. Tal vez en la próxima placa seamos capaces de contárselo a las civilizaciones extraterrestres que acaso no existan. Y sepamos contarle a la nuestra que solo si lo comprende podrá no perecer.

Luego vendrían otras seis misiones Apolo y varias más. En 1972 nombran a Luis director de la estación. Acerca de ese periodo escribe: «Recuerdo que mis años en la Estación Espacial de Fresnedillas fueron los más felices y emocionantes de mi vida profesional. El grupo de compañeros que trabajábamos allí era excepcional. Todos los que colaborábamos en aquel proyecto formábamos un equipo enormemente compacto y en perfecta sintonía con lo que teníamos que hacer».



MARGARITA Y MIRIAM

Cuando la primera persona llega a la Luna, Miriam tiene nueve años. Cada día, mientras Luis conduce sesenta kilómetros hasta la Estación Espacial y luego trabaja allí, y mientras la hija menor de ambos está en el colegio, Margarita teje ropa para el cuerpo desmedrado de Miriam: pantalones y jerseys de una lana suave que se ajusten a unas medidas inusitadas. La altura de Miriam se estabiliza en torno a un metro cuarenta, sus brazos y piernas son delgadísimos. Margarita le prepara el puré y se lo da tres veces al día sosteniéndola en brazos. Usa pañales de tela porque los sintéticos dañan la piel de la niña. En la casa hay una pila de las antiguas donde lava esos pañales. Para el resto de tareas domésticas y para poder salir de casa, Margarita cuenta con la ayuda de otra mujer, de modo que sí, es preciso recordar ahora. Recordar, con mayúscula, a todas las personas que, como Margarita Durán, tuvieron o tienen familiares con parálisis cerebral y otros problemas graves y ni pueden pagar el salario de nadie para que las ayude ni cuentan con centros públicos en los que apoyarse. Recordar que un país donde no hay apoyo real para la dependencia es un país indigno. Recordar que los cuidados desgastan los cuerpos y recordar a todas las personas a quienes no se les ha permitido elegir si querrían hacerlos, sino que la necesidad económica, y/o la violencia, les ha obligado a ello.

Junto con la tarea de cuidar, lo que Margarita hace es querer a Miriam. Ver a Margarita sentada junto a la niña en el sofá donde pasa los días no es verla de guardia ni matando el tiempo: es verlas juntas. Suele ponerle música, conoce los gustos de Miriam. Cómo la niña se ríe muchísimo, por ejemplo, con el estribillo de una canción de María Dolores Pradera, «No me amences», en el punto en que la letra repite: «Y te vas, y te vas, y te vas... y no te has ido». Aquellas personas que vienen de visita y tratan a Miriam como a un objeto, poco a poco dejan de venir. En cambio, las que saben que Miriam es una persona, como lo sabe Eduardo, el hermano menor de Margarita, su amiga Coro y otras, o el padre Llanos, o el sacerdote y teólogo José María Díez-Alegría, nunca dejan de hacerlo.

Antes de continuar, es preciso que vean el carácter del personaje. Margarita es alegre, vital y vitalista. No sé si es un rasgo que procede de la voluntad o si es algo con lo que se nace. Sé que en muchos momentos, cuando la vida llega con sus heridas, el rasgo no continúa solo, hay que seguir sosteniéndolo, y no caer en la amargura, y no tirar la alegría por la borda. Todas las

personas con las que he hablado para preparar esta conferencia lo han mencionado. «Era muy alegre», han dicho, o «Lo pasábamos muy bien con ella». Cuentan sus amigas que es Margarita quien reúne a las madres del barrio para que estén juntas mientras las hijas e hijos pequeños juegan en el bulevar. Y todavía sonríen cuando recuerdan que, al principio, allí no había bancos, de modo que Margarita escribió al alcalde, y cómo se reían todas la mañana que los trajeron.

Un día llega a los oídos de Margarita la historia de una mujer que vive en el Pozo del Tío Raimundo y que tiene un niño como Miriam, pero no sabe bien cómo atenderlo. Ella se ofrece a ir y a enseñarle algo de lo que ha aprendido. Poco a poco empiezan a aparecer otras madres, son sobre todo madres, con niñas y niños en situaciones parecidas. Marga, así es como la llaman allí, comienza a ir al Pozo del Tío Raimundo todos los viernes. Oh, sí, dirán algunos, una mujer de clase acomodada haciendo su buena obra cada viernes.

Bueno, verán, César Astudillo ha escrito que la frase «No les des peces, enséñales a pescar» se formula siempre en segunda persona, «*Tú* no les des peces, *tú* enséñales a pescar», porque el yo que la profiere no tiene intención de hacer ni lo uno ni lo otro. Tanto a él como a mí, nos irritan las falsas dicotomías entre paliar los efectos y atacar las causas de un mal. Ahí fuera, dice, hay un repositorio de voluntades tan amplio que a muchos efectos puede considerarse ilimitado: el «excedente de la solidaridad», podríamos llamarlo. No es una cantidad fija que solo pueda ser dedicada o a paliar efectos o a atacar causas. Ahora veremos que Margarita trató de hacer ambas cosas. A veces visitó a una directora general, a un embajador, a una fiscal, y tal vez el resultado de esas visitas tuvo más consecuencias. No tuvo, sin embargo, ni un ápice más de valor, ni una sola gota más de valor que acariciar el pelo o poner colonia a una persona enferma o a un niño con parálisis cerebral en una casa de cualquier barrio del mundo.

Como muchísimas personas, Margarita estuvo donde pudo, y no estuvo donde no pudo estar. Y es útil dejar atrás los estereotipos, «con su perfil oscuro y pétreo», e imaginar las vidas que hay detrás de ellos, la de Marga como cualquier otra. En la página 36 está Marga con Miriam. En la página 37 está con otro niño; después, cuando estos niños y niñas van creciendo, son más difíciles las fotografías.



Margarita Durán con su hija Miriam.



EL POZO

Volvamos al Pozo del Tío Raimundo. Junto con el cuidado de las niñas y niños como Miriam, Marga inicia una nueva actividad que en adelante practicará muchas veces y a la que se podría llamar *lobby*, no de influencias sino de insistencias, y no para el propio interés sino para otras y otros. En el Pozo, conoce al sacerdote comunista José María de Llanos, quien, entre tantas cosas, ha erigido una fundación para contribuir al desarrollo social del barrio. Marga desea colaborar en las necesidades de la fundación y el padre Llanos le presenta a Laurentino de Miguel, hoy miembro de su patronato. En seguida se ponen a trabajar para dotar al viejo centro de Formación Profesional 1º de Mayo de un nuevo edificio, tarea que les parece imposible por la falta de medios económicos. Dedicán casi todos los miércoles a realizar gestiones, luego comen con el padre Llanos y otras personas. Y siempre hay una hora en que la carroza se convierte en calabaza, o quizá sea al revés, la hora en que con premura Marga debe y quiere volver para estar con Miriam.



Margarita Durán junto al padre Llanos.

Tras muchas entrevistas, primero logran la declaración de Interés Público y Social de la Fundación, luego la construcción de un nuevo centro 1º de Mayo. Y la rehabilitación del centro viejo para convertirlo en Escuela de Hostelería del Sur, que ha formado ya a más de dos mil jóvenes.

«Me gustaría resaltar –dice Laurentino– que Marga supuso un caso paradigmático, por cuanto

en su condición de mujer y activista no contaba con demasiadas referencias.» Esas referencias, añado, existían, claro. Pero ella no podía conocerlas. Hoy ya sabemos que el largo camino de las mujeres no se hizo con palabras esporádicas, acciones desconectadas y estallidos personales, sino que fueron muchísimas las voces, los modelos, los intentos enhebrados una y otra vez. Un hilo de activismo, reflexión, y organización trenzado por millares de mujeres. Por suerte, las referencias van siendo ya cada vez más accesibles. La Fundación del Pozo, por ejemplo, según supe con motivo de esta conferencia, quiere recoger el nombre de Margarita Durán para un proyecto. Se llamaría «Escuela de Formación en Igualdad de Género Margarita Durán». En 2018 no obtuvo financiación, pero eso ocurre a menudo con tantos buenos proyectos.

Durante aquellos años, además, se está redactando en España la ley de integración social de los minusválidos de abril de 1982, la llamada LISMI. De nuevo Marga despliega su actividad para que quienes redactan la ley tengan también presentes a las personas más vulnerables de todas, las que padecen lesiones cerebrales graves, y no pueden ponerse en pie, hablar ni desplazarse, ni participar apenas en la vida social. Marga insiste en recordar, entre otras cosas, que casi no hay centros públicos para esas personas y sí, en cambio, unos cuantos negocios privados.

EL MUSO

Entre tanto, continúan las misiones espaciales, Skylab, Apolo-Soyuz, y los primeros vuelos del Transbordador Espacial. En 1984 nombran a Luis director de estaciones INTA, un complejo que abarca, además de las de Robledo y Fresnedillas de la NASA, Maspalomas y Cebreros del INTA y las operaciones de la estación de la ESA en Villafranca. Pero así como Luis ha sido objeto tantas veces de entrevistas de prensa, radio y televisión, y así como también es posible imaginar, aunque no sentir, su dolor y su perplejidad ante la vida de Miriam, dejemos que ahora se vaya deslizándose hacia el honroso lugar de los personajes secundarios. Agradecemos, pues, al no-genio que haya dado entrada a la no-musa para que la historia mire a Marga y le conceda eso que llaman protagonismo.



Luis Ruiz de Gopegui.

AMNISTÍA INTERNACIONAL

Cuando Franco aún vive, Margarita se hace miembro de corresponsalía de la sección británica de Amnistía Internacional, pues en España no está legalizada. Marga, dice Beth Gelb, hoy coordinadora del equipo de países del secretariado estatal de Amnistía, «perteneía al grupo de quienes estuvieron allí antes del principio».

Amnistía Internacional combatía las violaciones de los derechos humanos mediante la distribución mundial de grupos de adopción: unas pocas personas asumían un número de casos de presos de conciencia e inundaban al gobierno infractor con cartas y campañas de protesta hasta que los presos eran liberados. En 1978 Amnistía se legaliza en España y Marga continúa trabajando. «Era un referente, un faro –dice Beth Gelb, y su voz tiembla–. Esa rotundidad del compromiso. Vamos siempre tan deprisa, tan preocupados por la propia imagen. A Marga le importaban la organización y la causa, sobre todo la causa. Dedicaba mucho esfuerzo, con mucho tesón, y eso era un faro para las demás personas, ese saberla infatigable, la certeza de que “mientras Marga esté aquí, la pelea no acabará”.»

Como coordinadora del grupo de Argentina de Amnistía, Marga inicia otra aventura que ahora les contaré, pero antes la vida le parte el alma una vez más.

MUERTE Y CUENTO

El 12 de septiembre de 1986 muere Miriam. Los médicos habían dicho que no viviría más de siete años: Miriam muere casi con veintisiete. Margarita, que lee sin cesar y a menudo escribe, solo mostrará este pequeño cuento hecho para todas las personas a quienes pueda ayudar.

LA NIÑA DE YAHVÉ
(Cuento que me contó un judío)

Hace muchos miles de años estaba Yahvé en su cielo. En él estaban también todos los niños y niñas que habían de bajar a la Tierra para llegar a ser hombres y mujeres. Las niñas y los niños nacían en la Tierra y conocían el bien y el amor, pero también conocían el dolor, la angustia, la maldad y el miedo.

Entre todos aquellos niños estaba una niña muy hermosa, de grandes ojos negros a la que Yahvé amaba. Y Yahvé le decía:

–Niña, te quiero mucho.

Y nunca se decidía a mandarla a la Tierra.

Pasaban cien años y Yahvé le repetía:

–Niña, yo te quiero mucho.

Los demás niños seguían bajando a la Tierra, y cuando crecían gozaban con el amor y el bien, pero también sufrían con la maldad, el dolor, la angustia y el miedo.

Pasaron más cientos de años

Y un día, Yahvé llamó a la niña hermosa de grandes ojos negros y le dijo:

–Ha llegado el momento de que vayas a la Tierra, pero como te quiero tanto, solo voy a mandar la mitad de ti. Conocerás nada más la bondad y el amor. Tu otra mitad se quedará conmigo y de esta manera nunca sabrás lo que es el dolor, la maldad, la angustia y el miedo. Hasta ahora no había encontrado a nadie que fuese capaz de quererte si dejaba conmigo tu otra mitad. Hoy he encontrado a alguien que te querrá y te cuidará como yo te cuido y te quiero. Ya puedes bajar a la Tierra.

La niña de ojos negros miró a Yahvé y sonrió.

Cuando nació esa niña, su madre la llamó Miriam.

He de hacer un breve comentario al cuento. Para que se entienda la diferencia entre el consuelo y el falso consuelo. Marga jamás –y no es un énfasis retórico, quiere decir nunca, quiere decir ni una sola vez– justifica el sufrimiento ni alaba la resignación. Lo diré más claramente: Marga jamás de los jamases condena ni tampoco juzga a quien decide abortar. Su cuento por eso no es falso consuelo ante lo posible, sino compañía real ante la presencia.

Marga tampoco edulcora el dolor. En el margen de una página de un libro, escribe: «La opresión es la imposibilidad de vivir: como Miriam, siempre sola conmigo». Lo que sí hace Marga con respecto a su hija es no eludir una responsabilidad a la que ha sido arrojada, y, al asumirla, la ilumina.

Aunque no hayan quedado otros textos suyos, en los libros que lee Marga deja las marcas de su lectura de mujer autodidacta: subrayados a lápiz, expresiones de atención. En *Humanismo del otro hombre*, del filósofo Emmanuel Lévinas, Marga subraya: «Debilidad sin cobardía, como el ardor de una compasión. Descarga del ser que se desprende. Las lágrimas son, tal vez, eso», y bajo el verbo, «se desprende», el lápiz pasa una y otra vez.

Marga también discute con los libros. En su ejemplar de *El ser y la nada*, lleno de asentimientos, cuando en un momento Sartre escribe: «No puedo ni captar ni concebir una conciencia que no me capte», Margarita añade a lápiz su contundente y definitivo desacuerdo, escribe con letras mayúsculas: NO.

Lévinas es uno de sus autores favoritos, de él guarda casi todos sus libros anotados a lápiz. Y he tenido que sonreír al ver, en la última página de *El tiempo y el otro*, esta enumeración sobre las veces que aparecen tres palabras: Paternidad: 9 veces. Maternidad: 0 veces. Mujer: 0 veces.

cará radicalmente su alcance. En efecto: cuando la conciencia se realizaba como no siendo tal o cual *esto* en el mundo, la relación negativa no era recíproca: el *esto* apuntado no se hacía no ser la conciencia; ésta se determinaba en él y por él a no serlo, pero el *esto* permanecía, con respecto a ella, en una pura exterioridad de indiferencia; pues, en efecto, conservaba su naturaleza de *en-sí*, y como *en-sí* se revelaba a la conciencia en la negación misma por la cual el Para-sí se hacía ser negando de sí ser *en-sí*. Pero, cuando se trata del Prójimo, al contrario, la relación negativa interna es una relación de reciprocidad. El ser que la conciencia tiene-de-no-ser se define como un ser que tiene-de-no-ser esa conciencia. Pues, en efecto, durante la percepción del *esto* en el mundo, la conciencia no difiere del *esto* sólo por su individualidad propia, sino también por su modo de ser. Ella era Para-sí frente al *En-sí*. En cambio, en el surgimiento del Prójimo, la conciencia no difiere en modo alguno del Otro en cuanto a su modo de ser: el Otro es lo que ella es, es Para-sí y conciencia, remite a posibles que son sus posibles, es sí-mismo por exclusión del Otro; no cabe tratar de oponerse al Otro por una pura determinación numérica. No hay aquí *dos o más* conciencias: la numeración supone un testigo externo, en efecto, y es pura y simple constatación de exterioridad. No puede haber Otro para el Para-sí sino en una negación espontánea y prenumérica. El Otro no existe para la conciencia sino como *sí-mismo denegado*. Pero, precisamente porque el Otro es un sí-mismo, no puede ser para mí y por mí sí-mismo denegado sino en tanto que es *sí-mismo que me deniega*. No puedo ni captar ni concebir una conciencia que no me capte. La única conciencia que es sin captarme ni denegarme en modo alguno y que es concebible para mí mismo, no es una conciencia aislada en alguna parte fuera del mundo, sino la mía propia. Así, el otro al que reconozco para denegar serlo, es ante todo *aquel para quien mi Para-sí es*. Aquel que yo me hago no ser, en efecto, no solamente no es yo en tanto que lo niego de mí, sino que, precisamente, me hago no ser un ser que se hace no ser yo¹. Sólo que esta doble negación es en cierto sentido destructora de sí misma; en efecto: o bien me hago no ser cierto ser, y entonces éste es para mí objeto y yo pierdo mi objetividad para él, caso en el cual el otro

¹ Salvo el cuidado de fidelidad expresiva, esta oración hubiera podido parafrasearse así: "Yo me hago no ser un ser (el otro) que no es yo no en tanto que lo niego de mí meramente, sino que además es un ser que se hace él mismo no ser yo". (N. del T.)

Página del ejemplar que conservaba Margartita Durán de *El ser y la nada*, de Jean-Paul Sartre, con subrayados y anotaciones suyas.

UN DOCUMENTAL

Tal vez hayan visto un documental reciente: *Amazona*, dirigido por Clare Weiskopf. Trata de la madre de la directora, Valerie, una mujer inglesa, también conocida como «la última hippy», que se fue a vivir a la selva del Amazonas. Años después, Clare busca a su madre y le pregunta, textualmente:

—¿Nunca sentiste que pusiste por encima de tus hijos a ti?

Valerie responde con su español imperfecto:

—Yo creo que sí, claro. Eso es uno de los problemas de ser mamá. Pero lo más importante en la vida de uno, que es dada para ti, es la vida de uno. Eso sí, no hay nada que decir. Si algo no deja que tú vivas tu vida, tú tienes que hacer algo para vivirla, porque a eso venimos. Ok, ser mamá es más difícil en ese sentido, porque muchas veces una sacrifica, pero hay cosas que no se pueden sacrificar: ¿de qué sirve una mamá sacrificada, eso es un continuo sacrificar, yo me sacrificé para ti, entonces ahora tú tienes que sacrificarte por mí, es una rueda de sacrificios y culpas? No. Hay que romper con eso.

Son palabras duras, extrañas para una cultura como la nuestra. Son palabras que es posible comprender, admirar o rechazar, o hacer todo a la vez. Las traigo aquí porque un día me cansé de tantas disyuntivas. No sé bien a qué llamamos sacrificio. Sé que lo que hace Margarita con su hija Miriam no es sacrificarse. Y creo que su papel en el barrio, en el Pozo, su participación en Amnistía, su calabaza y su carroza son una especie de rúbrica: no habrá rueda de culpas, ella quiere ser, y en las circunstancias que le tocan, y con los medios de que dispone, ella es.

Ahora bien, al mismo tiempo resulta imprescindible reclamar, preguntar: ¿qué hay de lo que no fue, de lo que millones de mujeres no fueron? ¿Qué hay de lo que no pudo estudiar?, ¿del entorno que no tenía nada que ofrecer a una niña como Miriam?, ¿de la vida que hubiera podido vivir una Margarita que nunca existió si la salud de las mujeres no hubiese sido un asunto menor para la medicina y si el modelo de género y, por tanto, de cuidados, hubiera sido otro? Y un largo, muy muy largo, etcétera.

OTRA HISTORIA

Les contaré ahora otra historia, una entre miles. La de la madre de una amiga y tocaya, Belén Hernández Zoido. He tenido que abreviarla mucho. Dice así.

Ángela Zoido Pacha, nacida en Badajoz en 1924, se licenció en Ciencias Químicas en 1946. En las cartas a su futuro esposo compartía su fantasía: vivir en una preciosa casa de Sevilla en la que montarían un laboratorio de análisis y, en los ratos libres («Si no los hay –decía– ya los buscaremos»), investigarían sobre algún «asunto importante». Becada por el CSIC como una de los alumnos más brillantes de la facultad, se doctoró con una investigación titulada *Electroquímica de conductores de núcleo* en el Instituto de Química-Física A.G. Rocasolano. El trabajo obtuvo la máxima nota y fue la primera tesis española de Química que superó con éxito los criterios de calidad requeridos para su publicación internacional en muchos años. Ángela se casó y se fue a Santa Cruz de Tenerife, isla natal de su marido, en cuya refinería de petróleo él había iniciado una importante carrera profesional. Junto con el cuidado de sus tres primeros hijos, logró escribir y publicar un libro de matemáticas para maestros en colaboración con su marido. Nueve años después la familia se trasladó a Madrid, donde nacerán sus tres hijos menores. En 1965, el director de tesis de Ángela, don Luis Bru, sabiéndola allí, la reclama para colaborar con él en una investigación que vuelve a ilusionarla. Solo unos días después de la propuesta, el 1 de enero de 1966, Ángela da a luz al menor de sus hijos, nacido con síndrome de Down y autismo, lo que le hace renunciar para siempre a sus sueños de mujer científica en aras del cuidado de la familia. Ángela muere prematuramente por un cáncer de mama en 1978, apenas dos semanas después de cumplir los cincuenta y cuatro años.

Dice su hija: «Estoy encantada de que cuentes la historia de mi madre y se pueda rescatar como una muestra de tantos sueños vocacionales de mujeres, en este caso científicas, que tristemente se quedaron solo en sueños. Contar sus historias quizá sirva para que otras, quién sabe, nos sintamos comprometidas a llevar a cabo los nuestros».

No bastan, desde luego, veinte líneas para esta historia. No bastan para cada una de las historias de lo que no pudieron hacer las mujeres. Nos conmueven y exaltan las historias de mujeres que se quedaron al borde, que llegaron a dar los pasos y fueron apartadas de un destino de ciencia, arte, política, que hubiera sido lógico para un varón. Y nos ayudan, además, a imaginar

a las otras mujeres, las que tal vez ni siquiera pudieron soñar con esos pasos. Hay, sí, varones a quienes les ocurrió. Nos conmueven también. Decimos que hay más mujeres y no es por azar sino por una larga historia de instituciones machistas que reparten y distribuyen la violencia. Y añadimos: aunque no son mejores la ciencia, el arte, la política, que acunar, por ejemplo, un cuerpo adulto, es justo que la elección no se imponga y que se reparta la dedicación del tiempo. ¿Adónde fue, y adónde sigue yendo, el talento desperdiciado de tantas personas? ¿Adónde el goce robado de descubrir, de conocer, de entregar acción, conocimiento y creación? En su poema *Heroínas*, Adrienne Rich escribió:

*Tu inteligencia
arde más allá de la muerte
no como el faro del puerto
sino como una hoguera de madera flotante
en la playa.*

Y esas centenas de miles de hogueras, añadimos, desperdigadas, perdidas, exigen ser.



Ángela Zoido Pacha en el laboratorio.

LA LUCHA CONTRA LA IMPUNIDAD

Sigo ahora con Marga. Tras la muerte de Miriam y tras un largo duelo, Marga, que dispone de mucho más tiempo, lo dedica a aumentar el número de horas de trabajo voluntario en Amnistía Internacional. Reuniones semanales, apoyo a los grupos del resto del Estado, atención a las personas que se incorporan, contribuir a que los conflictos que hay en toda organización no se lleven ni trabajo ni personas por delante, asistencia a reuniones en embajadas, etcétera. En tanto que coordinadora del grupo de Argentina, traba contacto con las madres y las abuelas de la plaza de Mayo. Como si la desaparición de Miriam le permitiera sentir con precisión aquellas otras desapariciones. Carlos Cano las cantaba, y Marga solía escucharlo, así:

*¿Petronila, qué te hicieron?
 ¡Qué mala cara tenés!
 La que me dejó Videla.
 A mí Galtieri, ya ves...
 Con Malvinas o sin Malvinas
 grito tu nombre por las esquinas,
 mientras que los generales
 se dan al tango
 por los portales.
 Tango de las madres locas,
 coplas de amor y silencio.
 Con vida se los llevaron
 y con vida los queremos.
 Con Malvinas o sin Malvinas...
 ¿Dónde está Pedro? ¿Dónde está Lidia?
 Con Malvinas o sin Malvinas
 grito tu nombre por las esquinas.*

Los viajes que no hizo en vida de Miriam los hace ahora por cuenta propia para visitar a sus parientes en Argentina pero, sobre todo, para conversar con las madres y abuelas de Mayo y traer de vuelta cientos de documentos sobre personas desaparecidas. Con cada viaje, el archivo de la sección española de Amnistía sobre Argentina va creciendo.

El contexto de impunidad con respecto a los crímenes de la dictadura que hay en ese momento en Argentina hace que allí se movilizan para exigir en España la justicia que les está siendo negada en su país. Marga es una interlocutora, no solo en cuanto miembro de Amnistía, sino también a título personal o de manera extraoficial. Las madres y abuelas que vienen a España irán a su casa muchas veces. Marga participa en reuniones con las organizaciones que ponen y luego ratifican y amplían la denuncia por los desaparecidos españoles en Argentina: la asociación de fiscales progresistas, Izquierda Unida, la Asociación Argentina pro derechos humanos Madrid y la Asociación Libre de Abogados. «La recuerdo –dice alguien– yendo y viniendo atareada, incansable, con un bolso grande y una carpeta llena de papeles; recuerdo a una mujer madura, decidida, que nos doblaba la edad a quienes nos habíamos embarcado en aquella aventura y cuya capacidad de trabajo nos resultaba ejemplar.» Marga ve en la lucha contra la impunidad no solo un intento de reparación a familias concretas, sino un camino para que hechos semejantes no sucedan de nuevo. Como tantas mujeres, Marga no ha llegado a formular de manera explícita una de las preguntas clásicas del feminismo: «¿Es posible ser libre en el patriarcado?». Y como tantas mujeres ha enunciado una respuesta con sus actos: empezar a ser libre es construir un mundo en el que se pueda ser libre.



Margarita Durán (con gafas oscuras, en segunda fila, a medias tapada por el pañuelo blanco de la mujer que tiene delante) en una concentración de Amnistía Internacional ante la Embajada argentina en Madrid.

En el libro titulado *De Nuremberg a Madrid*, de Fernando Mas, se explica con detalle la persecución por parte de los tribunales españoles de los crímenes contra la humanidad cometidos en Argentina y en Chile. En la página 220 aparece una frase relativa al apoyo brindado por Amnistía Internacional. La transcribo entera, es necesaria: «Este apoyo supone un cambio fundamental en la postura de Amnistía, que no se involucraba ni había participado hasta entonces en procesos jurídicos. El cambio fue determinado por la labor de la sección argentina y la chilena, sobre las que tuvo gran influencia la información que, desde Madrid, les enviaba Margarita Durán, otro miembro de la organización. Amnistía autorizó entonces a los abogados de Izquierda Unida a transmitir sus argumentos jurídicos ante el juzgado número 5. Fue un hecho inadvertido para la opinión pública pero determinante. Así se verá unos meses más tarde, cuando Amnistía Internacional participe en el proceso contra Augusto Pinochet». Es necesaria, decía, para mostrar lo que significa un nombre en una línea de un libro de trescientas cuarenta páginas, lleno de muchos otros nombres. Al leerlos, qué poco se ve, menos aún cuando pertenecen a mujeres, pues con frecuencia, y más si las mujeres son del siglo pasado, no hay cargos detrás ni eso que llaman «trayectoria». Sin embargo, tal como ahora ustedes leen «Margarita Durán» y pueden representarse algo más que un nombre, así la historia está llena de miles de otros nombres de mujeres que no llegan a gozar ni de una línea en una página de un libro y que nos han hecho, han hecho a la humanidad, mejores de lo que somos.

Cuentan que cuando el secretario general de Amnistía, el senegalés Pierre Sané, acudió a España en 1998, organizó una cena en la que estaba presente Margarita Durán. Sané les dijo que había preguntado al juez encargado de los procesos contra Videla y Pinochet en España qué le llevó a emprenderlos, y por qué no abandonó en las épocas más complicadas. Y dijo que el juez había respondido hablándole de una mujer que no paraba de enviarle faxes con documentación día tras día, semana tras semana, mes tras mes, añadiendo nuevos datos, insistiendo en la importancia de seguir. Cuentan que Sané miró hacia Marga y que ella enrojeció. Y cuentan que si su hija menor no hubiera impartido una conferencia en un ciclo titulado *Ni ellas musas ni ellos genios*, y si para hacerlo no hubiera estado preguntando a personas que la trataron, nunca se habría enterado de esta y otras historias.

Pregunten, sí, pregunten a sus madres, mientras puedan. Y si ya no están o si han perdido la memoria, pregunten a las personas que las conocieron y que un día también dejarán de estar. Pregunten, porque cada historia tiene su valor irremplazable.

HABLAR DEPRISA

Marga, junto con Virginia Díaz y otras amigas, dio varias charlas en asociaciones y ayuntamientos contando lo ocurrido en Argentina y Chile y el significado de la lucha contra la impunidad. Tanto en las charlas como en su vida diaria, solía hablar muy deprisa. Era, pensábamos, una costumbre, algo, entrecomillemos, «natural». Pero años después los estudios feministas detectaron que esa costumbre se daba con mucha más frecuencia en las mujeres, pues la mayoría había interiorizado un doble miedo: temía la interrupción, y temía que sus palabras tuviesen menos valor que las de otras personas, hombres por lo general. Enlazo así con el título genérico de este ciclo: *Ni ellas musas, ni ellos genios*.

Le he dado muchas vueltas. Y me he planteado la negación del «ni» como una impugnación de la idea romántica del genio excepcional e individual. Parece que es distinto en la literatura que en la ciencia o que en la vida diaria, pero no es tan distinto. Saben que la palabra *genio* procede de la Antigüedad, y que designaba a un pequeño dios o espíritu protector que nacía, por cierto, con cada varón. El filósofo Epicteuto escribió: «Zeus ha situado junto a cada varón –“junto a cada persona”, escribo ahora–, un guardia, un genio particular, confiándolo a su protección. Cuando cerréis vuestras puertas y se haga la oscuridad, recordad que jamás debéis decir que estáis solas: porque, en efecto, no lo estáis, puesto que vuestro genio está en vuestro interior».

Después, casi en seguida, las cosas cambiaron; genio ya no era esa presencia, bien que imaginaria, que, si las circunstancias acompañan, puede dar ímpetu a los sueños de cada vida. Genio empezó a designar a seres especiales, que tenían una facultad superior, y gracias a ella se hacían geniales. Y aquí seguimos todavía. Ciertamente que la teoría del genio sirvió para ayudar a romper algunas normas y permitir ampliar la visión escolar del arte. Pero el precio que se pagó por ello fue altísimo: no solo esa autoestima infatuada de artistas e intelectuales sino, sobre todo, la idea de que hay personas que valen más por el hecho de haber nacido con unas facultades y en medio de unas condiciones que les han permitido desarrollarlas.

¿Diré entonces que todas las personas valen lo mismo? Sí. ¿Diré que todos los actos de las personas son idénticos, tienen el mismo valor, merecen el mismo respeto y queremos concederles el mismo significado? No, no voy a decirlo. Con el pudor casi invencible que produce hablar de familiares próximos, digo que la vida de Margarita Durán merece ser contada y que el significado

que demos a historias como la suya intervendrá en, y será causa de, comportamientos presentes y futuros. Hay cientos de miles de vidas de mujeres que no solo merecen ser contadas, sino por las que hemos de luchar para que se cuenten, porque ganarle la pelea a las estructuras depende también de las historias que tengamos. A ver, no es que sería bonito o interesante que se contaran, es que las necesitamos para entender lo que nos está pasando. Sabemos bien que no todo en ellas fue perfecto. Hubo errores, muchos causados por esa vida pública que se entromete en el clima personal, y otros por la obcecada y casi infinita capacidad humana de equivocarnos. Sea como sea, queremos conocer.



Margarita Durán en una manifestación de Amnistía Internacional.

CREATIVIDAD

Este ciclo se planteó para cuestionar el imaginario de la creatividad. Así ha sido hasta ahora y sé que el tema de hoy cambia un poco el enfoque. La pareja abordada no practicó la creatividad tal como se entiende, aun cuando Luis sí haya escrito algunas novelas y cuentos de ciencia ficción al final de su vida. Y aun cuando Margarita escribiera un poco y luego lo rompiera. Pero su inclusión en este ciclo no obedece a su trabajo creativo en un sentido tradicional, sino tal vez a aquella idea situacionista de la superación de la obra de arte, o a aquella otra según la cual cualquier proyecto de crítica radical, y el feminismo lo es, requiere a su vez una crítica de la subjetividad artística: preguntarnos qué hay más allá de la gloria fúnebre de los museos y de los catálogos editoriales, en qué consiste y en qué podría consistir la vida cuando rehúsa ser incluida en la cultura de la pasividad.

La desesperación, decía Adrienne Rich además, excepto cuando obedece a la derrota física y moral absoluta, es el fracaso de la imaginación. En este sentido y a la inversa, no caer, cuando hubiera sido lógico, comprensible, es, diremos, un triunfo de la imaginación, de la creatividad. Y más aún no arrastrar a otras personas en la caída, tal como suele hacer el supuesto genio que incurre en el tópico de la autodestrucción.

UNA CANCIÓN

Al final de su vida, Margarita fue una abuela incansable, divertida y vital durante quince años. Luego su cerebro empezó a desmigajarse. Su vida siempre me había hecho pensar en aquel verso de Miguel Hernández: «No encontraréis a Delia sino muy repartida, como el pan de los pobres», y al final la metáfora se hizo realidad.

Margarita Durán murió el 22 de enero de 2015. Había firmado el testamento vital para que su vida no se prolongara artificialmente. Junto a su mesa había colgado un pequeño recorte con estas conocidas palabras de Guevara: «Mañana cuando yo muera / no me vengáis a llorar. / Nunca estaré bajo tierra / soy viento de libertad». Por eso, y por su alegría, evoco ahora un fragmento de una canción que ella no conoció, aunque todo indica que le gustaría. Se llama «By and by», de la banda inglesa Chumbawamba, en traducción de Pilar Vázquez y Esteban Pujals.

*No desperdicies los días cuando yo me muera,
da cuerda al reloj, pide ayuda, persevera,
llama a los amigos, deja las flores y el llanto,
no era un final, sino un principio lo que cantaba
mi canto.*

*Respira hondo, siente la vida en los huesos,
disfruta del porvenir, no de lo que ya hicimos.
Guárdate tus oraciones, la pena y el dolor,
ponle un estribillo a mi canto
mientras tanto, mientras tanto.*

*Olvidate del cielo que hay más allá del cielo
no llores, deja el llanto
mientras tanto, mientras tanto.*



MIS MADRES

Tal vez piensen que no he hablado nada de la relación de Marga con su hija menor. No tiene mucho misterio. Va pasando el tiempo y comprendemos que en la vida, como en los textos, lo que menos importa son los adjetivos. Fue quizá una relación fácil y no lo fue. No fue idílica, y sí lo fue. Una cosa es segura: lo que Belén haya podido aportar procede, en una parte muy grande, de Marga, como también mucho de lo que aportarán, de lo que ya están aportando, los dos nietos de Marga y Luis, Daniel y Mariú. Luis les ha enseñado muchísimo a los tres, y es por él por quien preguntan a Belén en las entrevistas, al ser Luis un personaje, entrecomillo otra vez, «público». Pero nunca le preguntan por su madre. Nunca nos preguntan por nuestras madres, y de ella viene casi todo lo que sé. Quiero dar las gracias por poder decirlo aquí, ahora.

Termino con una invocación. En una de mis novelas, un personaje se refería a «sus madres», no porque fueran una pareja de dos mujeres, sino porque le parecía igual de arbitrario decir «mis padres» que «mis madres», y de paso se reía de esa preocupación exagerada por la economía del lenguaje, pues en este caso es evidente que no se gasta ni una letra más. Ninguna justificación hace falta, desde luego, para decir mis madres en lugar de mis padres. Ninguna voluntad, tampoco, de esconder a los padres, como antes no la había, teóricamente, de esconder a las madres. Se trata de que las palabras nos ayuden a ver lo que hay en lo que hay, cuando eso sigue siendo, todavía, menos visible. Quizá tras el conocimiento de esta y tantas otras vidas, podamos no solo usar a veces la expresión «mis madres», sino que hacerlo no resulte chocante, ni siquiera militante. Así concluyo esta historia de Margarita y Luis, quienes, entre otras muchas circunstancias, resultaron ser mis madres. Nuestras madres. Muchas gracias.

AGRADECIMIENTOS

El título completo de esta conferencia es *Ella pisó la Luna. Ellas pisaron la Luna*, porque la de Margarita Durán no es ni puede ser una historia individual. Sin el trabajo y la lucha de millones de mujeres a lo largo de la historia un texto como este nunca habría podido ser ni escrito, ni leído en un salón de actos ni tampoco publicado. Voy a mencionar ahora a las personas que ha participado de forma expresa en la construcción de esta conferencia, sin olvidar que otras muchas lo han hecho de manera tácita a lo largo del tiempo:

Laura Freixas y Pilar Vicente de Foronda, inventoras y organizadoras del ciclo *Ni ellas musas ni ellas genios*, Coro Castellano, Mariángeles Doussinague, Laurentino de Miguel, Beth Guelb, Miguel Ángel Ramos, Pat Bennetts, Enrique Santiago, Virginia Díaz, Francisco Pérez Esteban, Carlos Castresana, Ricarda Arranz, Belén Hernández Zoido, Pilar Vázquez, Esteban Pujals, Ángeles González-Sinde, Pilar Lozano, Christina Rosenvinge, el equipo de Literatura Random House, Ignacio Echevarría, Luis Bértolo y Luis Ruiz de Gopegui.

El libro más personal de Belén Gopegui: un texto poderoso, leído en su día como conferencia, que reivindica a todas las mujeres cuyos logros no han visto la luz.

«Resulta imprescindible reclamar, preguntar: ¿qué hay de lo que millones de mujeres no fueron?»

«Pregunten a sus madres, mientras puedan. Y si ya no están o si han perdido la memoria, pregunten a las personas que las conocieron. Pregunten, porque cada historia tiene su valor irremplazable.»



En este elocuente y concentrado texto, Belén Gopegui recurre a su historia familiar, más en concreto a la figura de su madre, para poner de relieve el valor de tantos destinos de mujer que, precisamente por serlo, han quedado relegados o truncados. La historia de Margarita Durán convoca muchas otras y es un documento conmovedor y necesario para la tarea, aún pendiente, de repensar el mundo desde una perspectiva ampliada y contribuir de este modo a transformarlo.

Hay cientos de miles de vidas de mujeres que no sólo merecen ser contadas, sino por las que hemos de luchar para que se cuenten, porque ganarle la pelea a las estructuras depende también de las historias que tengamos. A ver, no es que sería bonito o interesante que se contaran, es que las necesitamos para entender lo que nos está pasando. Sabemos bien que no todo en ellas fue perfecto. Hubo errores, muchos causados por esa vida pública que se entromete en el clima personal, y otros por la obcecada y casi infinita capacidad humana de equivocarnos. Sea como sea, queremos conocer.» Belén Gopegui

La crítica ha dicho...

«Romper las barreras entre lo individual y lo colectivo, lo privado y lo público. Este es uno de los proyectos narrativos que persigue Belén Gopegui.»

Rafael Conte

«Belén Gopegui es mi búnker.»

María Unanue, *Pikara Magazine*

«Sólo disponiendo de un orden, parecen decirnos las narraciones de Gopegui, es posible detectar los vacíos de los que se hurtó una pieza.»

Juan Carlos Peinado, *Revista de Libros*

Belén Gopegui nació en Madrid en 1963. En 1993, la editorial Anagrama publicó su primera novela, *La escala de los mapas*. Siguió, entre otros títulos, *Tocarnos la cara* (1995), *La conquista del aire* (1998), *Lo real* (2001), *El lado frío de la almohada* (2004), *El padre de Blancanieves* (2007) y *Deseo de ser punk* (2009), todos ellos publicados recientemente por Debolsillo.

Literatura Random House ha publicado *Acceso no autorizado* (2011), *El comité de la noche* (2014), *Quédate este día y esta noche conmigo* (2017) y la edición conmemorativa del XXV aniversario de *La escala de los mapas. Rompiendo algo* (Ediciones Universidad Diego Portales, 2014; Debolsillo, 2018) reúne una selección de sus artículos y ensayos.

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Belén Gopegui

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Los versos de Adrienne Rich del Capítulo 10 pertenecen al poema “Heroínas”

Los de Carlos Cano del Capítulo 11 pertenecen a la canción “Tango de las madres locas”



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons

Reconocimiento - No comercial - Sin obra derivada 3.0. (CC BY-NC-ND 3.0)

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Joel Vaccaro

Fotografía de portada: © © Vassily Kandinsky, VEGAP, Barcelona, 2019

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3653-0

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Ella piso la Luna

Nota de los editores

Preliminar

1. Los comienzos
2. El destino va a jugar sus cartas
3. Un pie en la Luna
4. Margarita y Miriam
5. El Pozo.
6. El muso.
7. Amnistía Internacional
8. Muerte y cuento
9. Un documental
10. Otra historia
11. La lucha contra la impunidad
12. Hablar deprisa
13. Creatividad
14. Una canción
15. Mis madres

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Belén Gopegui

Créditos